

Thomas Szasz

Psiquiatra

"Lo que ayer era pecado es hoy enfermedad mental"

Thomas Szasz, de 73 años, es un húngaro de nacimiento que, siendo muy joven, emigró a Estados Unidos para escapar con su familia del terror nazi, que les amenazaba especialmente por su condición de judíos. Estudió psiquiatría y en 1961 hizo tambalearse las grandes verdades de su especialidad con la publicación de "El mito de la enfermedad mental". Otras obras suyas traducidas al castellano son: "La fabricación de la locura", "El segundo pecado" y "Nuestro derecho a las drogas". Actualmente es profesor emérito de psiquiatría en el Health Science Center de Syracuse, de la Universidad del Estado de Nueva York, y uno de los pensadores más brillantes del momento.

sólo desde la psiquiatría a Thomas Szasz. Su inquietud innata le ha llevado a aventurarse en los territorios de la historia de las religiones, los problemas sociales contemporáneos, las drogas, la política, la cultura... En definitiva, en todo aquello que tiene que ver con el ser humano y con la vida.

Este sabio inclasificable, que se confiesa conservador en lo político y en lo personal, pero radical en su percepción de la psiquiatría, hace suya la cita de Samuel Butler: "Nunca escribo sobre tema alguno, salvo cuando creo equivocada la opinión de quienes gozan de fe pública, y esto implica como consecuencia necesaria que todos los libros que escribo luchan contra quienes acaparan un campo". A tenor de lo prolija que es su obra, debe de ser que Szasz percibe muchos errores a su alrededor...

—Muchos le vieron desde el principio como cabeza de un movimiento psiquiátrico crítico. Usted era alguien que discutía la eficacia de algunos métodos tradicionales, como el internamiento o el electrochoque. Y, sin embargo, nunca quiso abanderar ninguna corriente, ni siquiera se puso al lado de la llamada antipsiquiatría en los años setenta. ¿Por qué?

—Porque la sola idea de movimiento me parece que distorsiona las cosas. Yo comparo mucho la psiquiatría con las religiones. Si tomamos las dos grandes, el judaísmo y el cristianismo, vemos cómo los primeros se creen el pueblo elegido por Dios, y eso es una tontería. Igual que el cristianismo centra gran parte de su poder en la infalibilidad

del Papa, y no pensamos nunca que éste es al fin y al cabo un hombre y nada más, alguien que puede equivocarse. Me parece que deben existir todas las religiones que se quiera, pero sin que éstas tengan poder sobre la vida de la gente; o sea, separando el poder de la Iglesia y el Estado. En caso de existir un Dios, no parece muy lógico eso de que esté pendiente de quién come carne de cerdo o de cordero. Pero las religiones, tal y como están planteadas, marcan mucho la vida individual. Igual ocurre con los movimientos de cualquier tipo, aunque éstos sean psiquiátricos. Deben existir diferentes formas de entender las enfermedades psiquiátricas, pero sin que ninguna de ellas suponga verdades absolutas, tanto si te gusta Jung, como si prefieres a Freud o a Adler. Es tan simple como preferir la comida española a la francesa: no tiene nada que ver con la salud o con la enfermedad, porque cualquiera de esas preferencias no puede ser la solución de todo. Yo estoy en contra de cualquier cosa que se establezca como verdad absoluta, y los movimientos de cualquier tipo eliminan las diferencias individuales porque dictan lo que es correcto e incorrecto en la manera de entender la vida.

—En su obra siempre habla de religión y dice que últimamente ésta ha sido sustituida por la medicina. ¿En qué sentido?

—Para controlar a la gente y también para hacerle pensar que su vida va a ser más feliz. Ahora se deposita una fe ciega en la medicina, pero antes se hacía en la religión. Así se llega a pensar que con la cirugía plástica, las dietas, el no fumar... —o sea, con las prohibiciones—, se va a ser más feliz. Pero todos sabemos que al final vamos a morir. Entonces es como si la idea última fuera llegar a ser un cadáver saludable, porque ninguna medicina nos libraría de esa gran verdad que es la muerte.

—Pero actualmente todo el mundo se apunta a cuidarse el cuerpo. ¿Esto quiere decir que somos más infelices?

—No. Es sólo que ahora tener un cuerpo sano y hermoso ha sustituido a la antigua concepción religiosa de ser una persona virtuosa. Hasta los políticos lo hacen. Por ejemplo,

A sí en persona, no parece Thomas Szasz el fiero sabio radical que pinta la leyenda que le precede. Este hombre, cordial, curioso y apasionado en su conversación, fue acusado de hereje y expulsado de la Asociación Americana de Psiquiatría por afirmar categóricamente que la homosexualidad no era una enfermedad mental. Claro que eso ocurría en los años sesenta, y hoy nadie duda de esa verdad de Perogrullo. Sin embargo, su pensamiento independiente —que goza de gran influencia en el mundo de los llamados trastornos mentales— ha estado siempre rodeado de polémica por poner en entredicho muchas de las verdades establecidas.

Pero sería muy pobre analizar



Este polémico psiquiatra estadounidense de origen húngaro se ha dedicado a cuestionar el concepto de los llamados trastornos mentales.

a un candidato a presidente de los Estados Unidos ya no se le pregunta cuántas veces va a misa, pero sí si fuma, si bebe o si su mujer hace gimnasia.

—Entonces, ¿el hecho de que haya cada vez más trastornos mentales es porque éstos han sustituido a lo que se entendía que eran los pecados de la religión?

—Absolutamente. Es algo claro y transparente. Ejemplos hay muchos: la homosexualidad, la masturbación e incluso la depresión eran antes pecados de la carne o del alma. Ahora decimos que se sufre de estrés y de depresión y se acude al psiquiatra. Antes se hablaba de desesperación, de la pérdida de la fe, como uno de los mayores pecados del cristianismo. Los grandes santos se infligían torturas que hoy la psiquiatría considera como puro masoquismo. Igual que los intentos de suicidio y tantos otros ejemplos. Todos esos pecados del pasado tienen una nueva definición en la psiquiatría.

—¿Son las enfermedades mentales un invento del mundo moderno?

—Sin duda. En Arabia Saudí y en otros muchos países árabes, cuando un hombre roba le cortan la mano, mientras que en Estados Unidos le encarcelan y le tratan como a un cleptómano, que es otra especialidad mental. Creo que es evidente que se trata de una sustitución de valores religiosos. Antes del siglo XIX, todas estas cosas no existían. Fue a partir de la Revolución Francesa cuando se empezó a hablar de locuras. Primero en Europa y luego pasaron a Estados Unidos, donde tomaron una dimensión mayor. Además, como ahora hay una invasión planetaria de la moda americana, también se exportan una serie de películas en las que todo es pura enfermedad: fumar, no fumar, la anorexia, la bulimia, la depresión... La cultura, como la moda, es algo contagioso, y los comportamientos no son una excepción.

—Ahora se habla mucho de enfermedad mental, pero ¿qué es exactamente la mente?

—No existe, no es nada. Sólo es cuestión del lenguaje. Lo utilizamos

como término para describir las conductas que no nos gustan, las que rechazamos. Piense sólo que tenemos un hígado, unos riñones, un cerebro. Son órganos que pueden enfermar, pero como la mente no es nada, no puede enfermar. Por eso no es correcto decir que existen enfermedades mentales. La locura es un invento del hombre. Como cuando se pone una autopista y el hombre marca un límite de velocidad que si se rebasa se debe castigar. Igualmente, son los hombres quienes marcan unas pautas de comportamiento que deciden lo que es o no correcto. El asesinato, por ejemplo, antes era un gran pecado y ahora también en Estados Unidos se trata como locura.

Si queremos debatir por qué el hombre se comporta como lo hace, tendríamos que entrar en un debate

desempleados, por ejemplo, son víctimas que caminan hacia esa mal llamada enfermedad mental.

—Según usted, hay muchas drogas de farmacia que son tan malignas como las ilegales, pero las recetan los médicos y así están legitimadas. ¿Se puede hablar de drogas buenas?

—No es correcto plantear ese debate desde el maniqueísmo. Las mismas drogas son buenas o malas, según quién las tome, cómo y cuándo. Da igual que hablemos de drogas de farmacia o drogas de la calle. El inconveniente añadido es que las drogas ilegales, por definición, tienden a ser peligrosas. En una farmacia, al comprar una aspirina se tiene la certeza de la composición química.

“En nuestra sociedad, a los que no tienen éxito se les va marginando y acaban locos”

que nos remontaría a Aristóteles y a su teoría sobre el libre albedrío.

—¿Qué aporta entonces la psiquiatría?

—Cualquier corriente psiquiátrica, tanto la tradicional como la llamada antipsiquiatría, se empeña en buscar una explicación al comportamiento de las personas: “Si bebes es porque hay una causa que te impulsa a ello”, dicen. Es absurdo, porque no hay causas. Pretenden explicarlo todo con un razonamiento como si hablaran de la ictericia o la hepatitis. Pero no tiene nada que ver. Y, desde luego, la esquizofrenia no se trata recetando fármacos antiesquizofrénicos. Tan equivocado es eso como pretender mandar unas pastillas anticristianismo o antiespañolismo. Una persona se comporta de una manera porque durante años lo ha hecho así; se va despegando de la sociedad, se vuelve perezosa y los demás le van llevando también a esa locura diciéndole que es de tal o cual modo. En definitiva, hay un montón de motivos. Así también, en nuestra sociedad a los que no tienen éxito se les va marginando y acaban siendo locos. Los

Pero al comprar una droga ilegal, Dios sabe lo que te venden. Por eso me parece una estupidez mayúscula tomar drogas ilegales. Aunque, bueno, también es una tontería tomar cualquier clase de drogas. No es que yo crea en Dios, es que pienso que el cuerpo no está hecho para que lo atiborremos de sustancias extrañas. Igual que tampoco ha sido creado para sufrir operaciones quirúrgicas. Ambas cosas resultan agresivas para él.

—¿La solución al debate de las drogas debe pasar entonces por la legalización?, ¿por la prohibición?, ¿por la revisión de fármacos?...

—No es ésa la cuestión. Las drogas son para Occidente como el cordero para Israel: lo que hay que prohibir. Ambos planteamientos parten de cuestiones morales. En nuestro

mundo se piensa que se deben ilegalizar algunas sustancias, pero no la Coca-Cola, el café o el jamón de cerdo ibérico. Los gobiernos nos tratan como a niños. Si nos trataran como adultos no tendrían derecho a determinar lo que los demás debemos o no tomar. Cada uno debe saber lo que le hace daño o le bene-



Se declara conservador y conformista en su vida personal, pero muchos le consideran un hereje por sus ideas.



Los pecados del pasado tienen para él una nueva definición: “Antes se iba al confesionario y ahora se acude al psiquiatra para curar una depresión”.

ficia. No porque algo sea legal hay que consumirlo. El exceso de cualquier cosa es siempre malo, pero la decisión de tomarlo es personal. Tan dañino es abusar de la comida, como de la religión o de las drogas. Moderarse significa madurez y detrás de las prohibiciones hay pocas ganas de que los hombres seamos adultos de verdad. De hecho,

históricamente las prohibiciones son bastante recientes. Por ejemplo, en Estados Unidos no se prohibió la heroína hasta 1914. Ahora puede comprarse tranquilamente un arma, pero no una jeringuilla hipodérmica. Es absurdo.

—Observo que es muy crítico con su profesión. ¿Qué hace, pues, siendo psiquiatra?

—¡Ja, ja, ja...! Bueno, son otros los que me llaman psiquiatra. Yo sólo intento pensar claramente sobre la psiquiatría. Personalmente nunca he trabajado con pacientes que estuvieran recluidos contra su voluntad y nunca he administrado fármacos ni tratamientos de cho-

un poder moral que le marque lo que debe hacer.

—No es idea mía. Muchas de las grandes novelas de Dostoievski ya hablan de esos temas, de cómo la gente necesita consejo y orientación. Ahora confiamos en grandes políticos, como Clinton, para que nos digan lo que es bueno o malo que hagamos. Al principio siempre hay mucha euforia, pero luego viene una gran decepción personal. Es porque las nuevas sociedades son todavía más infantiles en el sentido de las dependencias. Esperamos que las respuestas nos las den los políticos, el psicoanalista o la televisión.

—¿Y qué deberíamos hacer para no sentirnos decepcionados?

—Hay varias alternativas. Una es el sometimiento, otra retirarse a un monasterio. La tercera vía es ser uno mismo su propio amo, su propio maestro, aunque te consideren antisocial. Porque ningún sistema te va a dar una respuesta de vida: ni la psiquiatría, ni la política, ni la economía. Cada uno debe tomar sus propias decisiones. Y eso te hace responsable de

tus propios errores. Ahí es donde muy pocos quieren aventurarse.

—Muchos le han tachado de hereje por sus ideas. ¿Cómo se siente al ser llamado así?

—Si criticas la sabiduría convencional, te conviertes en un hereje. Pero yo en mi vida personal soy conservador y conformista. Si miramos la historia científica de los últimos 150 años, cuando alguien discrepa de las teorías imperantes no se le llama hereje, sino que se le considera una persona con buen comportamiento científico por poner en entredicho las teorías anteriores. En física siempre se había pensado que la energía y la materia eran dos cosas separadas, pero llegó Einstein y aseguró que iban unidas, y aunque su afirmación desmentía lo dicho por Newton, a nadie se le ocurrió llamarle hereje, de modo que yo tampoco debería ser llamado así.

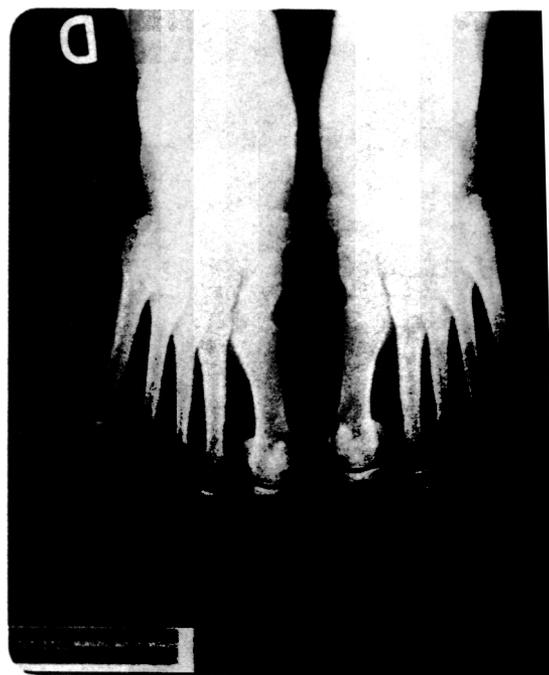
Ángeles Aguilera



Según Thomas Szasz, las prohibiciones nos impiden ser adultos: "Resulta absurdo permitir la venta de armas y no la de jeringuillas".

que. En mi vida profesional lo único que he hecho ha sido escuchar y charlar tranquilamente como lo estamos haciendo ahora. Hay una anécdota sobre psiquiatras que se cuenta siempre: se dice que estaba una vez una consulta llena de gente para ver al terapeuta. La mitad de las personas se encontraban allí porque estaban casadas y tenían problemas por ello, y la otra mitad porque eran solteras y deseaban encontrar una pareja para casarse. De ahí se deduce que el problema en realidad es no estar bien con lo que se tiene o lo que se es. Antes, estas cosas se contaban al confesor y ahora, sin embargo, se consultan con el psicoanalista.

—Usted también critica mucho en sus libros la idea de que la sociedad se infantiliza y la gente necesita



EL PRIMER PASO EN LA LUC CONTRA EL CÁNCER.

El 8 de noviembre de 1895, por pura casualidad, Conrad Wilhelm Röntgen, investiga sobre las propiedades de los rayos catódicos descubrió los rayos X. Unos rayos capaces de atravesar nuestro cuerpo e imprimir el interior de éste en una placa fotográfica. Fue la primera radiografía.

Sin saberlo, C.W. Röntgen revolucionó el diagnóstico médico.

Y también sin saberlo, proporcionó a los médicos el primer instrumento eficaz en la lucha contra el cáncer: la radioterapia.

Si quiere saber más sobre C.W. Röntgen, su historia y su aportación a la ciencia médica, es curioso. Busque en **Crónica de la Medicina**. Encontrará, noticia a noticia, 27.000 años de medicina. Todos los remedios, todas las curas, todos los descubrimientos desde el principio del hombre hasta nuestros días.

**Contra la curiosidad,
CRÓNICA DE LA MEDICINA.
El mejor remedio.**

Más de 680 páginas con 150 calendarios, 2.000 apuntes, 1.000 artículos, 1.500 imágenes en color y la biografía de 160 personajes.

PLAZA & JANES
P&J
EDITORES

